



Una feria que hacia falta

Ha sido una buena idea ésta de la Universidad de La Frontera de organizar, en la sede de Extensión Cultural—Prat 332—, una Feria del Libro, que según mis informaciones es la primera que se celebra en Temuco. Como bien lo ha puntualizado el arquitecto Gustavo Navarrete, Vicerrector Académico, en el acto inaugural, se trata de promover o de restaurar el antiguo y noble hábito de la lectura dejado tan de mano por las nuevas generaciones. La intención no puede ser mejor, y la fórmula escogida —la feria—, insuperable. Las librerías tradicionales son tiendas de ésan que los escritores castizos llaman *recolitas*, es decir, silenciosas y marginadas del tumulto y el bullicio de la urbe. A ellas se entra expresamente a buscar el libro que le pidieron al hijo en el liceo, o a preguntar por el último best seller, que hoy se vende profusamente y del que nadie se acordará tres meses más tarde. Como en "La Cena", de Baltasar de Alcázar, "entro, pídolo, dánmelo y voyme contento. Ni siquiera nos está reservado el sibaritismo de mirar, tocar y hojear las últimas novedades, ritual maravilloso que se reserva a las librerías que nosotros llamamos "de viejo", los españoles "de lance" y los franceses "boutique", y de las cuales Temuco aún no disfruta.

La feria, en cambio, es otra cosa. Su solo nombre desborda los anchos límites de nuestra imaginación, desplegando ante los ojos de la memoria perdida el *Bretre* endemoniado, la bélica confusión de lenguas y de jergas, el calorido y el exotismo de las mercancías llegadas de todos los confines conocidos y el pintoresco regateo de las grandes ferias medievales. Decir feria es evocar la de Dijon, en el Ducado de Borgoña, vaciando su cornucopia de maravillas a la sombra de los muros almenados. Es sentir, como entonces, las caravanas de los ganaderos de la Mesta, los artifices de Toledo, los campesinos andaluces y los artesanos catalanes, entrando a la de Medina del Campo, por la puente del Sapardiel, para incorporarse al bullicio ferial, a los pies del castillo de La Mota. Es asistir a esa legendaria feria de la antigua Nijni Novorodol, hoy Gorki, justo a las caudalosas aguas del

Volga, atestada de mercaderes tártaros, árabes y judíos de largos trajes talares, turbantes multicolores y apuntadas habuchas, orgullosos boyardos y barbudos y sucios mujics.

Todo esto y muchísimo más evoca esta palabra mágica, que hoy revive en el abigarrado espectáculo de los quince o veinte mil volúmenes que la Feria del Libro de Temuco ha entregado al apetito visual e intelectual de los lectores de esta ciudad, que son muchas más y bastante más entusiastas que lo que se pudiera creer al primer golpe de vista. Allí no está la materialidad de las sedas de la China, las musalinas de Mosul o las alfombras de Cachemira, pero sí la de esa lámpara de Aladino que es el libro. Porque basta quererlo bien para que se convierta en el genio capaz de poder en nuestras manos todos los tesoros de la tierra y del cielo.

Me decía el escritor Efraín Scudlewicz, que acaba allí de gerente, que ha sido tal el entusiasmo del público, que se vio obligado a vender tres días antes de la inauguración oficial. Y qué tiene que usar de todo su poder persuasivo para conseguir que los últimos visitantes se resignen a hacer abandono del local. No podría haber sido de otro modo en la ciudad que ha sido cuna o madrina de muchos de los más relevantes valores de la literatura, las ciencias y las artes de Chile.

Por lo demás, para visitar esta Feria, cuyo objetivo más importante no es tanto el de vender como el de provocar el interés, la curiosidad y la apolencia de la lectura, se cuenta justamente con Efraín, que es el mejor recurso de que puede echar mano el lector. Porque, pese a su enrevesado apellida, donde dos miseras vocales tienen que habérselas con todas las consonantes del alfabeto, mi viejo amigo Efraín es autor, entre muchos otros libros, escritos en correctísimo castellano, del monumental "Diccionario de la Literatura Chilena", obra ática en su género y manual indispensable para quien quiera orientarse en la selva —ya bastante espesa— de las letras patricias. Además, Scudlewicz tiene una experiencia de casi medio siglo en las complejas ramas de librería y editorial y una cordialidad que invita a preguntar. Hágalo

Una feria que hacia falta [artículo] Hugo Goldsack.

Libros y documentos

AUTORÍA

Goldsack, Hugo, 1915-1988

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una feria que hacia falta [artículo] Hugo Goldsack.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile